

Tres escenas del Via Crucis de Mengore



Jesús se encuentra con su Madre

En el camino de la Cruz, Cristo se encuentra con Su Madre. María mira cada vez más a través del ojo del Hijo; el amor hace ver de un modo similar. María ha acogido y realizado la acción del Espíritu Santo hasta el punto de que en Ella la Palabra se ha hecho carne. Y es solamente en sinergia, en colaboración con el Espíritu Santo como estamos en condiciones de ver nuestra realidad y toda nuestra vivencia en relación a Cristo, mejor dicho en Él. De tal manera en Él, que las miradas coinciden, de otro modo el sufrimiento y el dolor son una tentación a la cual el ser humano sucumbe. Pero sólo el amor logra unirnos integralmente con Cristo para ver en Su carne maltratada y sufriente no sólo nuestro destino sino también el sentido con el que Él ha transformado el mal en bien. Configurarse con Cristo en el sufrimiento significa estar en condiciones de ver el bien allí donde nadie lo ve. María comienza el aprendizaje de la sabiduría de la Cruz, de la espada que traspasará su corazón (cf. Lc 2,35), es decir, del sentido salvífico del sufrimiento, del fracaso y de la muerte. El ojo exterior mira a un hombre golpeado y humillado hasta la muerte; el ojo interior, unido a Cristo, ve la transfiguración del abismo.

Imágenes: M. I. Rupnik, S.J.

La Verónica enjuga el rostro de Jesús

La Verónica, con un gesto de ternura, libera el rostro de Cristo de las incrustaciones de la sangre, del sudor y de los salivazos. Y el Rostro santo queda impreso en el velo de esta mujer. Lo que nos hace semejantes a Dios es el amor porque Dios es amor. La Verónica es la imagen de una mujer movida por la compasión, sentimiento que recuerda a Dios. Y el velo que le sirvió para su gesto de caridad hacia Cristo se convierte en su nuevo vestido: ella se reviste de Cristo. La imagen que estaba en el velo traspasa su cuerpo, todo lo que ella es y se hace visible al exterior en los gestos, en el modo de moverse, en el modo de pensar y de actuar. En cierto sentido, la Verónica se convierte en el Evangelio, es decir, en el icono de Cristo. Se convierte en la imagen de la mujer nueva, de la mujer redimida porque se implica en la redención de Cristo. Su gesto se convierte en una especie de lavatorio. La Verónica limpia el rostro de Cristo y ella, al ser lavada, queda revestida de la imagen de Cristo, del cual es verdaderamente imagen. La caridad sencillamente se vuelve divina. No somos nosotros los que realizamos la caridad si no que es la caridad de Dios la que nos configura, nos lava y nos reviste de gloria. La caridad de Dios, acogida por nosotros, es la que en nosotros hace el bien.

Las mujeres de Jerusalem lloran por Jesús

El paso de Cristo en medio de la multitud en Su camino hacia el Calvario provoca en la humanidad un sentimiento de discernimiento. El peso de la Cruz se hace sentir. He aquí ahora a aquellos que lo quieren ver caído en tierra; aquellos que no ven la hora de clavarlo, aquellos en los que la escena provoca la cruel satisfacción de la violencia y del desahogo de los corazones engolfados en una pasión amarga. Pero he aquí también aquellos que son atraídos más que por la Cruz, por Aquel que la lleva, por Su rostro, por Su mirada, por la presión de Sus manos, con las que sostiene el instrumento de Su condena. Por una parte, toda una obscura agitación, por otra una compasión silenciosa, un sentimiento que hace adherirse a Aquel, que la compasión acaricia, consuela y sostiene. La vida tiene su fuente en Dios y la mujer es su custodia privilegiada (cf. Gn 3,20). Por eso las madres rodean al Señor con sus rostros suaves, conmovidos, bellos, compasivos. Llevan luto por Él como se hace por un hijo único, como se llora al primogénito (cf. Zc 12,10). Pero Cristo no orienta Su compasión hacia Sí mismo sino hacia sus (de ellas) hijos. Sobre ellos es preciso llorar porque son hijos de una generación que se ha cerrado al amor de Dios. De los dolores del parto nace un fruto que alegra a la madre. Pero el pecado ha hecho que la vida vinculada a la sangre de la madre sea mortal. Las madres intuyen que está a punto de ser derramada la sangre que da la vida, que no muere ya y aspiran a esta vida para sus hijos. De lo contrario *bienaventuradas las estériles y los vientres que no concibieron* (Lc 23,29).